

La democracia y el poder



La afirmación y perfeccionamiento de la democracia se produce a través de un largo y no terminado proceso vinculado con la necesidad del hombre de luchar por obtener lo que sabe que le falta para ser respetado en su dignidad.

Un lugar esencial en esa lucha es ocupado por el tema del poder. En cierta forma podría decirse que la evolución política y el avance de las concepciones democráticas están directamente vinculados con el creciente cuestionamiento de las antiguas estructuras de poder.

A medida que el hombre avanzaba en sus conocimientos se incrementaba su necesidad de libertad y dejaba de aceptar acríticamente la dominación política, a la que había considerado como un dato inmodificable de la realidad, casi como una ley de la naturaleza.

Esta nueva actitud crítica, es una de las principales características de la que hemos llamado civilización occidental. Anteriormente, la legitimidad se basaba, principalmente, en una costumbre. Como se ha sostenido, con la democracia se abandona el consenso predeterminado por la tradición y se hace necesario buscar uno distinto que debe ser construido en el debate pluralista, como única alternativa para la legitimación del poder, a partir de la discusión entre las distintas opiniones políticas y posiciones ideológicas.

El poder político dejó de ser concebido como una relación de mando y obediencia, porque tenía que ser construido comunitariamente en un proceso democrático que debía tender cada vez más a brindar a todos los ciudadanos iguales oportunidades de participación.

Sin embargo, la democracia está aún en camino de lograr el fin del poder entendido como forma de dominación. En efecto, las relaciones jerárquicas de subordinación política se encuentran ahora vinculadas no tanto a las instituciones del Estado, como a estructuras económicas y sociales que generan nuevas formas de predominio.

Es que la democracia genera una tensión característica: por una parte, es un avance permanente hacia la justicia y la libertad que, logrado un objetivo, promueve su redefinición de modo de no perder su necesario dinamismo; pero, por otra parte, provoca resistencias que limitan su marcha, o a veces producen retrocesos no siempre vinculados con una concepción políticamente autoritaria.

La democracia logró que el hombre dejara de ser súbdito y se convirtiera en ciudadano, pero no en todas partes ha logrado confundirlo con el hombre de carne y hueso, auténticamente liberado de cualquier opresión, en condiciones de influir racionalmente en la construcción del poder.

Es necesario entender que defender la democracia no sólo significa luchar contra fuerzas antidemocráticas objetivas, sino también, contra deformaciones culturales generadoras de una difundida indisponibilidad subjetiva que siempre ha servido de base de sustentación de las concepciones limitacionistas, encuadradas en la definición general de democracia elitista.

En esta labor que podríamos llamar de democratización subjetiva, desempeñan un papel de enorme importancia los

educadores, los dirigentes de las organizaciones sociales representativas y, principalmente, los periodistas, en particular, los responsables de los medios de comunicación masiva.

Las distintas versiones de la democracia elitista actúan de modo de utilizar los medios de comunicación para invertir el proceso de democratización del poder. En última instancia, se trata de facilitar el mantenimiento de una estructura social que favorezca la supervivencia de formas de opresión ilegítimas.

Sobre los sistemas elitistas y las técnicas de la Nueva Derecha, para sustentarlos existe una profusa bibliografía que seguramente ha de ser enriquecida con los excelentes trabajos prácticos que se están llevando a cabo en la Argentina.

La teoría, en su concepción más benigna, nos dice que la democracia se vuelve ingobernable si se promueve la participación y se busca la igualdad de oportunidades, por el exceso de presiones que se generan sobre el Estado. En la práctica, ya no se apela, como en el fascismo, a consignas estridentes para movilizar a las masas, sino, por el contrario, se procura la apatía del pueblo por medio de la desinformación, de modo de dificultar cualquier participación racional. El resultado fatal es el manipuleo de la opinión pública.

Los totalitarismos manipulan a través del miedo, que genera la autocensura, por temor a las represalias. El elitismo lo hace a través de la complacencia, por medio de una compleja trama de intereses sectoriales, presiones corporativas y complicidades informativas que intentan modificar los términos de la discusión política, proyectando una pseudorealidad que, bajo la falsa apelación a valores fundamentales, termine legitimando las desigualdades para consolidar las relaciones jerárquicas de dominación.

Allí donde se ejerce el poder ilegítimamente, nace la resistencia. Si se trata de una dictadura, asume una condición violenta y se convierte en lucha dirigida a poner fin a una inaceptable relación de poder. Si se trata de elites empeñadas en preservar o recuperar en el marco de instituciones democráticas formas jerarquizadas de dominación de las que gozaban privilegiadamente, a través de la utilización desviada de la información, la resistencia asume un carácter político que llega a enlazar a partidos y movimientos sociales en una tarea común que, en última instancia, procura la afirmación de la dignidad humana al evitar que el hombre se convierta en títere sometido a oscuros intereses, ante los que se sacrifica la razón, la libertad y la solidaridad.

Siempre hay que recordar que el correlato insustituible de la libertad de prensa es el igualmente importante derecho del pueblo a una correcta información. Dicho de otro modo, el fundamento de la libertad de prensa es doble: debe garantizar la libertad de expresión y resguardar el derecho a la información. Decir la verdad y toda la verdad, es el certificado de honestidad de los medios de difusión. Asumir su labor como una misión al servicio de la sociedad sin pretender ventajas ilegítimas, es la constancia de su vocación democrática. Es bueno recordarlo, cuando asqueados y entristecidos contemplamos la aparición de nuevos "señores" de los medios que veletean sus actitudes según cómo les vaya en el sucio mercado donde todo se compra y todo se vende. ●